

## II

Fue para mí un gran consuelo espiritual la publicación de aquel trabajo, representaba en mi vida el comienzo de un sendero agradable y sensible cuyas impresiones naturales me cautivaban en un delirio de febril inspiración; yo consideré el artículo como una bufada de actividad que irradiando del cerebro se extendía triunfal y victoriosa por los ámbitos humanos en éxodo admirable, útil y renovador; era dichoso al contemplar su radio expansivo, y pronto creía obtener de sus enseñanzas cauces nuevos, consecuencias seguras...; una incontable fuerza radioactiva parecía rodear mi persona, ya aureolada por el nimbo en el cual no tienen cabida la vulgaridad o la ordinariez.

Toda mi ilusión, todos mis anhelos desde que el *yo-razón* alcanzó preponderancia sobre el *yo-niño* o el *yo-carne* se resumían a lograr, con mi trabajo o con mi acción, el glorioso título que me excluyera de lo común, de lo exotérico.

Y esto creía alcanzarlo procediendo siempre de forma opuesta a todos los demás; fue mi primer principio filosófico que ponía en práctica a los trece años: «Si tienes como punto de mira una teoría equivocada obra siempre de forma que cada acción que ejecutes te distancie más de sus influencias». No pretendo discutir, ni mucho menos, sobre su importancia societaria, sino que lo muestro como faro que iluminó y dirigió los primeros años de lucha, cuando a falta de criterios, a falta de rutas, me incliné por una de acuerdo con mi propia ideología de joven escéptico, pesimista o rebelde a todo lo que representase fuerza constituída; mis ojos veían en la sociedad equívocos, corrupciones, no precisamente en su totalidad, en su conjunto, sino en su intimidad particular, en la individualidad, considerada ésta como la reunión de uno mismo; esta forma de pensar que exteriorizada en mí no tenía más alcances ni impresionaba a los que la oían mas que para llamarme loco, sin duda alguna, si es obra de un hombre a quien la historia exhuma como un gran pensador constituiría toda una filosofía digna de estudiarse.

Pero volvamos a mis seguimientos sincrónicos, yo vivía en una casa de huéspedes donde se celebró como un gran triunfo la publicación de mi artículo. Eran mis compañeros de hospedaje cuatro jóvenes, de los cuales dos pertenecían al gremio estudiantil: Pablo Confortes y Lucio Romero, estudiantes de Medicina, los dos de alcances intelectuales limitadísimos, pergeñados con esa rusticidad elegante que emana de los pueblerinos aburguesados; un empleado del Estado llamado José Ortas, y un joven médico llamado Miguel Portolés; todos jóvenes, optimistas, agarrándose duramente a los placeres y a las diversiones, enemigos acérrimos de todo lo que representase trabajo intelectual; componía su única legislación a seguir los preceptos del corazón y de la carne; en esto se parecían unos a otros: para mí eran merecedores de una misma definición; entre ellos, sin embargo, había discrepancias fútiles a las que hacían tener gran importancia. Nunca han sido objeto de mi atención las polémicas derivadas de una ejecución puramente ordinaria, de una intuición mundana; sus discusiones provenían la mayor parte de las veces de una tacada en el billar, de la colocación de una ficha en el dominó, del exotismo de una «toilette» femenina, de la posición más o menos amoscada de un nudo de corbata, etc., etc., y por estas cosas, a lo mejor, regañaban, tiraban al traste sus homogeneidades, su confianza, su amistad... Yo permanecía imparcial e imperturbable a estas polémicas, no prestaba atención mas que a leyes metafísicas, a si la ejecución de Sócrates fue o no por él autorizada, a si Platón era aún mejor pensador que Sócrates, si la teoría darwiniana era o no una controversia con respecto a las narraciones del Génesis, etc., etc., que alguna vez se ponían sobre el tapete en las sobremesas, cuando alguno de ellos se encontraba atacado por una

convulsión erudita, en la cual únicamente ponía de manifiesto su marcada falta de conocimientos.

Nos tratábamos con ilimitada confianza, con esa familiaridad propia de los que conviven bajo el mismo techo, y, por lo mismo, su carácter, bromista unas veces y humorístico otras, chocaba con mi incipiente misoginia; yo hacía lo posible por corresponder a sus muestras de amistad; pero me atacaba una invisible fuerza demoledora y permanecía callado, melancólico, o, sin poder reprimirme, los acusaba de ligeros, vulgares, imbéciles y tontos. No se molestaban por mis diatribas; por el contrario, me daban la razón, más bien irónicamente que interpretando sus leales sentimientos; yo, comprendiendo sus ironías, las definía «como consecuencias seguras de espíritus dormidos, de cerebros atrofiados». Únicamente admiraba en ellos esa franqueza y bonachonería de que hacían gala en las conversaciones, como poniendo en todas y cada una de las palabras un átomo de corazón y cariño; en nuestras realidades se ponía de manifiesto una intransigencia: ellos y yo poseíamos caracteres completamente distintos, formas de pensar igualmente opuestas, costumbres antípodas; por lo tanto, era lógico esperar una reciprocidad en la crítica también opuesta; sin embargo, no ocurría esto, sino que en sus maneras de ser cabían mis —para ellos— excentricidades, mis concepciones extrañas, y yo en la mayor parte de los casos no podía sufrir las frívolas ideologías de sus conversaciones, las sátiras directas como flechazos que dirigían a personas quizá honorables, y por último, lo que menos podía resistir, era ver en ellos que aceptaban sin discusión mis maneras de pensar, estando dotados de ideales distintos, de temperamentos y sutilezas también distintos; esa tolerancia disfrazada representaba para mí una inutilidad total, una completa paralización de las facultades pensadoras.

Con frecuencia aceptaba sus invitaciones a los paseos públicos, y entonces lograba a veces distraer mis nostalgias, daba paso en mi etopeya a acciones cuya ejecución parecía alegrar a aquellos amigos, como si hubieran conseguido hacerle tomar a un enfermo el específico indicado para devolverle la salud. Yo lo comprendía como un afán de homogeneidad y paralelismo: a todo ser viviente le agrada que sus semejantes obren como él; es este proceder una especie de aval a sus acciones y contribuye a formar en el individuo una espontánea satisfacción cuyo origen, sin duda, no acierta él mismo a aclarar.

Frecuentemente nos encontrábamos en los paseos con chicas que ellos conocían y que me eran presentadas, acompañando mi nombre, al hacerlo, de diversos epítetos, en los que comprendían mis aficiones; yo solía entrecortar las frases a causa de una incomprensible timidez que despertaba maquinalmente la hilaridad sorda de todos; pero lo sufría con resignación; interiormente me mordían las suspicacias sociales y más de una vez me planteaba la cuestión de mi anormalidad, porque era bastante raro no encontrar un individuo de acuerdo con mis exaltaciones íntimas, lo que parecía probar mi equivocación y me inducía casi a reflexiones evolutivas que consiguieran adormecer *esas cosas* que me distinguían de los demás. Si en todo el ámbito del mundo nadie más que yo era capaz de —como yo decía— comprender las sublimidades y de adaptar sus planes de acción a desconocidas, pero verdaderas normas, era indudable que yo debía desaparecer, pues el mundo de los humanos estaría creado para que en él abundaran los incompletos, los idiotizados, los concupiscentes o los tontos; claramente se me presentó a la vista por primera vez la idea del suicidio, como único medio de libertarme de las cadenas que en la sociedad entorpecían con sus amarras mi desenvolvimiento, y me impedían obrar de acuerdo con mis raciocinios más o menos naturales.

Pero, no; todavía mi idiosincrasia se encontraba en mantillas para con sus extremos atentar contra la existencia. En mi mente comenzaba a formarse otra idea de redención, peligrosísima y aún más funesta acaso que el suicidio, puesto que comprendía la total renuncia de todos aquellos hermosos pensamientos para toda una vida arrastrar tras de mí el eslabón de la vulgaridad y la idiotez; esto es, adaptar mis idealidades al medio mundano y abandonar todas las ilusiones que por algún tiempo sumergieron mi cerebro de fúlgidas esperanzas.

La lucha era enconadísima, pues las armas de las dos partes estaban provistas de puntas aceradas, dispuestas a atacarse destructivamente, de tal forma, que mi imaginación vislumbró un posible final, tenebroso, pero salvador: la muerte natural, la separación eterna del cuerpo y el alma, devolviéndole a ésta esa libertad ansiada que le permitiría remontarse a las alturas en busca de un indiscutible paraíso, de su coronación brillante y fastuosa...

Mi situación, por lo tanto, era una continua aversión a todo, y mi irritación subía más y más cuando un acontecimiento cualquiera turbaba mis sueños o mis incandescentes teorías; yo maldecía todo lo isócrono, todo lo que tiende a embrutecer al hombre, toda la vulgar tradición, todo lo rígidamente sentimental, todas las acciones objetivas de un ente cualquiera... y, sin saberlo quizá, yo renegaba de toda la humanidad... y ésta contestaba a mis desprecios, a mis actos rebeldes con palabras que alguna vez resonaron hirientes en mis oídos: «Eres un imbécil.» El *yo razón* contestaba airoso contra tamaño insulto, y entonces las exaltaciones cerebrales promovían un intenso pugilato con las crudeces que me rodeaban.

Mis compañeros achacaban todas mis cosas a una enfermedad nerviosa, y Portolés procuraba, sin que yo lo notase, hacerme un reconocimiento del que salí triunfante; yo estaba dotado de gran energía física y moral; mis concepciones no podían tener otro origen que una amplia fuerza imaginativa, que me trasladara veloz y risueña a los apartados rincones de la fantasía o del ensueño; bajo esta hipótesis yo era un personaje dormido en el cual, sin embargo, estaban dotados de movimiento todos los órganos y todos los sistemas, así como todas las facultades; en resumen, para todos ellos yo era indefinible.

Algunas veces José Ortas procuró llevarme a su oficina con el único objeto de que pudiera admirar unas bellas compañeras que como él cumplían allí los deberes de un pacto con el Estado: «Ya verás —me decía— cómo una mirada hace volar de tu cabeza todas esas cosas que te traen triste.» Y lo decía convencido; es más, tal poder depositaba en las retinas del sexo bello que hasta diagnosticaba mi *mal* diciendo: «Es seguro que todavía no has tropezado nunca con una mujer que inocule en ti optimismos y felices pensamientos, por lo tanto, ahí tienes el origen de todas tus rarezas; es inexplicable que pienses así a los diez y ocho años, cuando los perfiles de la vida son siempre hermosos y cuando todo es rosa, todo es alegría...»

Yo encontraba en sus palabras insulseces que calificaba como secuelas inmediatas a una total carencia de intelectualidad o de una equivocada visión de lo que la vida debe representar en el ánimo de un hombre, y permanecía callado, indiferente a sus disertaciones, que no era más que una apología de las cualidades femeninas; yo le definía un maniático dejado influenciar visiblemente por la aspiración perfumada de efluvios mujeriles; por lo demás, un individuo como todos, asistía puntualmente a su oficina y no conocía más satisfacciones que aquélla que le produjo el feliz resultado de una oposición, la derivada de una intrincada partida de ajedrez, o aquélla que engendraba un recíproco idilio con su novia por las soledades de los parques. ¿Qué

importancia tenían las afirmaciones y consejos de un hombre así? Ninguna, por eso lo dejaba hablar sin contradecirle, moviendo la cabeza en señal de un asentimiento que estaba muy lejos de acomodarse a mis maneras de obrar.

Pablo Confortes y Lucio Romero también se permitían darme sus opiniones los momentos que sus estudios, sus clases o sus ratos de calavería los dejaba libres; sus inteligencias en formación no podían razonar y discutir mas que de incidencias en las clases, de preferencias de los profesores, de las casas de empeño o de la duración de los céntimos a que su pensión ascendía; eran, en general, buenos muchachos, atacados por la corriente del siglo, que se reserva todas las juventudes para inútiles y vergonzosos fines; tampoco lograban con sus razonamientos endémicos hacer que admirara su campo y sus costumbres, me consideraban como a uno de esos estudiantes a los que ahoga un hueso de ciencia, una cantidad de barata erudición o una filosofía menuda; por eso se me hacían más odiosos, porque hasta se permitían ridiculizar y satirizar mis idealidades, utilizando para ello sus cortas elucubraciones de estudiantes que no estudian.

Representaba un poco más valor la opinión de Portolés, el que, revestido a veces por la seriedad que emana de un título de doctor, respetaba y hasta llegaba a comprender entre los reales anhelos del hombre algunas de mis importantes afirmaciones. «Sí, después de todo —decía—, la inteligencia humana alcanza infinidad de variedades, luego es lógico que existan también diferencias grandes en la forma de apreciar las cosas». Yo le oía con atención pronunciar estas palabras, que representaban para mí el planteamiento de todo un problema psicológico; una misma cosa aparece distinta según el punto desde donde se le mire, pero su brillo o su negrura se impresionarán igual en todas las retinas cuando es uno mismo el punto de observación; el ámbito del mundo es grande, enorme, la superficie de la tierra alcanza cifras grandísimas, pero es un punto diminuto en comparación con las elevadas y desconocidas concepciones etéreas. Las ideas representan en la sociedad lo florido, lo sublime, luego deben verse y representarse iguales, parecidas o hermanadas en todos los cerebros, en todas las inteligencias; sus diferencias provienen de las concepciones, de los cambios de que se les hace objeto en la ambición personal.

Así trataba yo de demostrar ante Portolés las miserias y las catastróficas realidades humanas. La sutil concepción de la vida es la misma en todos los hombres, pero cada uno la desvía con arreglo a sus necesidades personales, a su caso netamente individual, sin resguardar un átomo para la conveniencia de un acuerdo sociológico, no sensiblero, sino altamente de una ética corporativa cuyos preceptos fueran dictados por la razón.

Yo notaba en mi amigo cierta anticipada provisión de resistimiento polémico, como si, convencido anteriormente de mis equivocaciones o de mis errores, temiera dejarse arrastrar por la fuerte lógica que —según él— ponía en mi exaltación oratoria.

Me animaba a que publicara en los periódicos artículos relacionados con todas aquellas ideas y opiniones, para ver si hallaban eco, o si, como él dejaba entrever, no era mas que un ensartamiento de locuras sin ilación; yo me resistía, por primera vez parecía temer las ironías conque fueran recibidas mis ideas atacando por igual a todo lo constituido, a los lazos sentimentales del corazón, a las patrañas hipócritas de la insulsa tradición, a las leyes consuetudinarias.

Si he de decir verdad, se me apareció como una empresa irrealizable todas aquellas demostraciones de indudable controversia, y en mi vida —decían que visionaria— hubo una fuerte tendencia al abandono de todas mis preocupaciones, pero no, triunfó la voluntad, triunfó sobre todo, porque mi inteligencia, hecha a elevadas sublimidades, no

podía adaptarse a un caminar simple, distraído y también distanciado de la mole pensadora, cuyas hermosas transparencias me había esforzado en definir.

Y, brioso, animado y con un gran empuje de actividad, proseguí el desarrollo amplio y la demostración por la dialéctica comprensible, a fin de que el rufián de menos alcances intelectuales encontrase en mis palabras la claridad necesaria para establecer un acuerdo que se extendiera raudo y avasallador por los cerebros con más ligereza aún que la alcanzada por la reforma a raíz de su predicación por Lutero y de la fácil lógica de Meláncton.

Pero, ¿y la terrible duda? Yo tenía que reconocer mi edad y mi experiencia. ¿No me podían decir que todos mis pensamientos eran pura consecuencia de sucesos o desgracias familiares, que habían formado en mi imaginación todo ese conjunto de exaltaciones o pesimismos? En efecto, toda mi ideología quedaba arrastrada por los suelos en el momento que pudiera probarse un origen en el que la Fatalidad hubiera puesto sus manos destructoras; mas no dejaría yo sin rebatir este argumento. Cuando se estudia una teoría, una opinión, no deben tenerse en cuenta para nada antecedentes sin relación con ella, sino que se deberá mirar desde el punto de vista de su importancia propia, de su fuerza arrolladora. ¿Cómo se explica, si no, el fácil asiento de una doctrina como la del protestantismo, cuyo origen fueron rivalidades de frailes? No debe utilizarse, por lo tanto, para combatir la Reforma el que fue suscitada por disputas puramente individuales de Lutero y Tezel. Es verdad que su concepción fue vacua, pero los destellos doctrinarios que de ella se obtuvieron *han podido* ser de una gran importancia, de una absoluta y verdadera idealidad. Por lo tanto: ¿Qué podía importar el que fuera necesario que mis padres murieran, que sintiera los flechazos de un amor impropio, que la vida se mostrara conmigo iracunda y hostil, para que los resultados de tan variadas causas formasen una visión verdadera de las humanas costumbres? ¿Qué importaba mi edad si había tenido la fortuna o desgracia de que, en un relativamente corto espacio de tiempo, se hubieran desarrollado en mi interior profusidad de acontecimientos cuyas relaciones originaban una insuperable claridad, o una posible fuente de ideas amplias?

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_011